

LIBROS NUEVOS

"DE SOL A SOL", POR
JULIO C. DA ROSA

DA ROSA entrega un nuevo libro de cuentos. Leen allí las condiciones que ya le dieron prestigio: estilo propio, brillante, ingenioso, enfoque sociológico, en la elección de ambientes y personajes; sentido pleno del acabado en la armonía del principio y del final; gracia nativa que despierta el interés y no permite su renacimiento hasta el término del libro.

Entre los cuentos nacionales, los hay ya de varias categorías y estilos: desde los que ponen el acento en lo filosófico hasta los que se ponen en lo social; desde los que arrasan al estilo europeo hasta los que narran en la búsqueda de un modo nativo.

Da Rosa es de esos últimos, como Morosoli. Se ha hecho un paralelo interesante entre los dos autores y parece acertado lo dicho por el prologuista de Da Rosa que hoy publicamos.

"Cuesta Arriba", su primer obra lo reveló al pueblo como valor de jerarquía. Ahora, este libro lo consagra aún más. El tiene su camino abierto, porque los personajes y los temas que enfoca están a su disposición no solamente en su tierra—Treinta y Tres—sino en todo el país.

Creemos que Da Rosa debe insistir y no abandonar este temario inagotable para un autor inteligente e ingenioso. Nuestros "tipos" de ampaña, están cargados de interés humano. Hay una filosofía de la existencia en ellos, que es de un interés revelar a través de esta narrativa. El cuento, con esos temas, esos ambientes y esos personajes, puede ayudarnos a revelar modos de ser, algunos demasiado inteligentes para la comunidad vulgar, otros que obligan a una política de rectificaciones. Algunos de los personajes de La Rosa son hombres que la vida ha querido vencer y no ha podido. En vez del gesto teatral o el sentido de derrota en quemar los hombres acaban, los de Da Rosa se levantan o se "abajan" pero sin renunciar al bien de la existencia. Como Ansin, nacido físicamente mal y perdido por el triunfo de la civilización, se entregó a un oficio distinto pero sostuvo a la vida. Como Dolzaito, "maluco abezera" perdió todo, menos el ajuste a nuevas condiciones ambientales. Hay en ellos un valor de vivir, que es una lección. Da Rosa nos revela estos hombres y estas cosas, con una descripción muy viva y muy puesta en su punto.

Pero nadie mejor que el prologuista, Arturo Sergio Visca para decirnos mejor lo que significa este valor auténtico de lo "nuestro".

CHAMLY.

"En este su segundo libro de cuentos, que titula hermosamente 'De Sol a Sol', continúa Julio C. da Rosa la línea narrativa que iniciara en el primero, 'Cuesta Arriba' (1952). En éste como en aquél, se muestra a Da Rosa comprometido en la traslación literaria de una realidad que conoce y ama profundamente. En ambos libros ha buscado la materia primaria de su creación—escenario, decorado, situaciones, personajes—en el amplio espacio de nuestra realidad campesina. En esto ha seguido a Da Rosa la trayectoria general de nuestra narrativa. El escritor nacional, sobre todo el narrador—al esforzarse en la búsqueda de "nuestras expresiones", ha encontrado en el escenario campesino un mundo inédito de formas de vida propicio para convertirse en el vehículo de una expresión original. No es raro, pues, que desde sus inicios, (en la hoy casi ilegible, salvo su ingenioso interés folletinesco, "Caramuri", de Alejandro Magariños Cervantes), hasta nuestros días, los narradores de nuestro país hayan proyectado su atención hacia nuestro país hayan proyectado su atención hacia nuestro mundo rural. Pero esta inicial identidad de la materia temática de que se nutre esa vasta corriente narrativa que, con designación bastante vaga, suele denominarse bajo el nombre general de nativismo, encuadra frecuentemente posturas literarias y humanas a las veces radicalmente opuestas. No es lo mismo el gaucha épico, resplandeciente en su barbarie, que vive en las páginas de Eduardo Acevedo Díaz, que el gaucha anti-épico, en pleno proceso degenerativo, que nos muestra Javier de Viana en sus cuentos cortos. Dejo de lado, naturalmente, la verdad que puedan tener o no ambas obras en cuanto testimonio de un momento del proceso evolutivo de nuestro proceso histórico. Me interesa solamente subrayar que sobre el gris uniforme que constituye, por su temática común, el telón de fondo de la citada tendencia narrativa, se modulan diversificados mundos imaginarios y facciones literarias distintas, que corresponden a esos pocos creadores que han logrado dar, dentro de esa corriente literaria, una obra con sello propio y carácter original. Julio C. da Rosa se cuenta entre esos pocos. A través de sus dos libros publicados, que totalizan veintitrés cuentos,

y de algunos trabajos aún no recogidos en libro, de evocación de costumbres y personajes de su región natal, Treinta y Tres, ha logrado este autor, con estilo y visión propia, construir su válido mundo narrativo.

Esa validez arraiga en la comprometida fidelidad con que da Rosa se atiene a la realidad que traslada literariamente a sus libros. Esa realidad, que da Rosa ama profundamente, al ingresar a su orbe narrativo sólo sufre un mínimo de transformación: el que se da inevitablemente en toda creación. Esta, en primer término, comienza por un acto selectivo que virtualmente la contiene toda entera. Entre los elementos de la realidad el creador escoge unos pocos que tienen para él un especial valor significativo. Lo demás, queda fuera de la órbita de su creación. Esta selección significa ya de por sí una transformación de lo real. En segundo término, esos elementos toman "una" significación y expresan un sentido que el creador les otorga. Si directamente se muestran a sí mismos, obviamente transparente en ellos ese sentido que el creador les otorga, con lo cual se opera una segunda transformación de la realidad. Pero en los cuentos de la Rosa, esta doble actividad transformadora de lo real se adecúa perfectamente a los perfiles que lo real ofrece. La selección, en él, estiliza y no deforma; el sentido que le otorga a la realidad, no le es "impuesto" sino "visto" en ella. Yo veo en este esencial respeto por de la labor literaria de da Rosa, el que la explica y la justifica en sus aciertos y hasta en sus limitaciones. Julio da Rosa no escribe más que sobre lo que conoce bien y de lo que conoce no pretende decir más de lo que sabe. Hay en esto una forma de la honestidad moral y literaria que no suele ser frecuente.

Señalada ya esta, inicial postura literaria del autor, que considero imprescindible para la comprensión de su obra, veamos ahora qué elementos ha elegido dentro del ancho espacio de nuestra realidad campesina, para hacerlos materia de su creación, qué sentido o significado ha visto en ellos y cuáles son sus procedimientos de composición literaria.

— II —

Quizá la mejor vía de acceso a la obra de da Rosa, la que más fácilmente permita una comprensión cabal de las criaturas que viven en sus páginas, consista en parangonar sus cuentos con los del narrador nacional al cual más se vincula. La lectura de los cuentos de da Rosa ha traído aparejado frecuentemente su cotejo con los del narrador minuano Juan José Morosoli. Cotejo oportuno, a mi juicio, ya que Morosoli, y da Rosa pertenecen a una misma familia de narradores. Pero el aire de familia no impide que cada uno de los dos acuse fuertemente sus rasgos distintivos y personales. Quizá exista una parcial influencia del mayor, Morosoli sobre el más joven, da Rosa, pero más que de influencia debiera hablarse de una común filiación narrativa de ambos escritores. Tanto el escritor minuano como el treintaesino, han escogido para su creación criaturas que viven naturalmente su aventura humana. No importa que ésta sea dramática o diénesis siempre un mismo aire de naturalidad las envuelve. No se dan en esas criaturas esas complejidades o complejos, tan frecuentes por la literatura contemporánea, y que las más de las veces no pertenecen al personaje sino que le son sobrepujados, con pujos de problematismos trascendentales, por el escritor mismo. En la obra de ambos escritores, desfilan montadores, peones de estancia, readores, siete - oficios, sepultureros, soldados, bolicheros, pastores, esquiladores, fabricantes de atadues, cazadores "montaraces" todo un mundo menudo y abigarrado, colorido y veraz.

Vivir, para estos seres, es un ademán que se ejecuta sin patetismo. Son criaturas elementales, carentes de artificios e hipocresías, arraigados en lo primordial humano. Todo lo cual no

implica, claro está, que carezcan de profundidad. Todo lo contrario. Viven profundamente, y son en sí mismos profundos, porque todo en ellos es genuino, nada hay en ellos de adventicio.

El mundo narrativo morosoliano se nutre de dos tipos humanos antagonísticos: el sedentario y el nómada. Los primeros, como si clavaran raíces en la tierra, llevan una vida que es un "dejarse estar". Aún los más activos entre ellos, muestran siempre en sus vidas una zona de mansa quietud acariciadora. Para los nómadas la vida comienza por ser desasosiego. Pero ni aún en esos cruzamientos, falta esa zona de mansa quietud. Ellos se arremantan en sí mismos en la añoranza del pago, del cual parecen haberse alejado para amarlo todavía más desde la lejanía. "Pago sin ausencia no tiene gusto... El pago es la ausencia...", dice uno de ellos. Naturalmente no es posible dar en unas pocas líneas idea total de la riqueza y variedad del mundo narrativo morosoliano. Pero, en general, y de acuerdo con lo dicho, es posible afirmar que la lectura de sus cuentos deja el sentimiento de que nos enfrentamos con un mundo de seres en reposo, poseídos de una tristeza viril y fuerte. En sus cuentos, hasta la dicha no deja de mostrar tintes melancólicos, y sus personajes parecen frecuentemente de quien admite de antemano que las cosas son como son y no hay por qué cambiarlas.

Los seres que se mueven en el "mundo imaginario" creado por da Rosa muestran una postura vital diversa a la de las criaturas morosolianas. Desde la primera lectura de los cuentos del primero ya se advierte una diferencia: en su obra el nómada casi no existe. Los personajes se mueven casi estrictamente dentro de los límites de un departamento: Treinta y Tres. Y algunos, ni siquiera han salido de una zona de él. Sus desplazamientos, en todo caso, son determinados no por el deseo de "ir a pasar trabajo a los caminos", sino por razones de oficio: alguna tropeada, algún viaje obligado, como lo que realiza a Montevideo Crispín Artigas, quien ya en la capital sólo ve "avenegras" por todos lados y no puede permanecer allí más de veinticuatro horas.

Si acaso alguno de estos personajes intenta una aventura que lo lleva lejos, como el Almeida de "Peso muerto", cuento incluido en Cuesta Arriba, es porque más que ir lo llevan, y no tarda mucho en volver al departamento. Pero su región, para los personajes de da Rosa, alcanza a tener casi la vastedad del mundo. Miden la vida, aunque no lo sepan, en profundidad hacia adentro, no por los límites o los bienes exteriores. Siempre le buscan, y generalmente lo encuentran, las raíces a sus propias vidas. Y estas raíces las hallan en el ejercicio sozoso de una actividad que es casi una "vocación vital". Gráficamente expresa un personaje de da Rosa esta situación cuando afirma que un "hombre sin especialidad, es como un árbol sin raíz". Por esto, aún los más despojados e infelices de sus personajes aceptan la vida como un don que usufructúan con gozo. En realidad, hasta cabría decir que los personajes de da Rosa se construyen su vida y que (aunque sea una palabra en la cual ni piensan), persiguen y se crean su destino. Espontáneamente con la naturalidad que da fruto un árbol, las criaturas de este autor le hallan y le dan un sentido a sus vidas. Un sentido arraigado en deseos y esperanzas humildes, en el amor más conmovedoramente tierno por las cosas más sencillas, que ellos persiguen incansablemente. Así es que casi no hay personaje de da Rosa que no tenga para su vida una meta definida. Ya es Ansin, cuya madre afirmaba que había nacido "flauta en boca" y que en la flauta y su música encuentra sustancia suficiente para sentir que su vida está colmada: ya es Macario Lago, lleno de condiciones para ser un hombre rico, aunque lo que siempre le faltó fué plata, que llena su vida con la posesión de un rancho y un caballo y que se siente "hech'un diputau" cuando, después de una

temporada de trabajo, podía llegar "hasta las casas en caballo propio" y gustar allí de una acariciadora soledad, ese "mar de soledad que le hacía olas" hasta la puerta del rancho; ya es "Solito" Pérez, a quien "el mundo se le llenaba con Dios, Batlle y Maximiliano", cada uno de los cuales ocupa un lugar bien determinado: "Dios, ay, arriba; Bayes, aquí abajo, Maximiliano aquí adentro", decía golpeándose el pecho. Igual son los otros personajes de da Rosa: ellos encuentran una plenitud de sentido para sus vidas en el ejercicio de su "vocación vital" o, más sencillamente aún, en esa actividad interior en que consiste el deseo y la esperanza. Y no importa, para estos personajes, que aquellas cosas que se consideran finalidad de la vida no se logren nunca, porque hasta con que haya algo que le dé un sentido a la vida para que ésta tenga una forma de acariciadora plenitud. Por eso el vivir, esperanzado, y por grande que sea la intensidad del deseo, nunca es doloroso para los personajes de sus cuentos. Lo que puede resultarles doloroso es el acto de reflexión ante la incertidumbre e que los coloca la necesidad de una elección. Lo que les resulta dramático, también, es verse privados del ejercicio de su "vocación vital" en aquellas ocasiones en que ya han podido ejercitarla, como verá el lector en los casos de Crispín Artigas y de Macario Lago. Este sentido activo de la vida que se da en los personajes de da Rosa le confiere a sus cuentos dos singulares cualidades: hasta la desdicha adquiere en sus cuentos un aire de suave serenidad (Ansin, por ej., tocando la flauta para sí mismo, cuando la invasión de las crueles lo desplaza de los balles, conmueve sin entristecer, porque lo sentimos arraigado aún a lo que es esencial a su vida) y ni siquiera el intenso dramatismo de ciertas situaciones tajantemente adversas a sus personajes logra destruir en ellos la salud moral (como puede comprobarse en "Loco" que integra "Cuesta Arriba", o en el final de "Crispín de las manos" de este volumen).

Si agregamos a lo dicho la ternura que se advierte en el autor por sus personajes, pero que no desvanece en él el sesgo risueño, no burlón, con que sabe verlos, y que diluye en ellos toda fealdad, se nos hará evidente por qué esas vidas conmovedoramente humildes que se dibujan en las páginas de da Rosa, adquieren para el lector un signo tan íntegramente afirmativo.

— III —

En cuanto a los procedimientos de composición literaria empleados por da Rosa, también se vinculan a los de Morosoli (entre paréntesis, que da Rosa reconoce con amplitud la deuda que tiene, literariamente, con el escritor minuano). Ambos hacen uso de un tiempo narrativo que elude el orden cronológico estricto. Quebran la vida de los personajes en episodios e instancias que luego reagrupan según una ley asociativa que procura producir una impresión de simultaneidad entre hechos alejados en el tiempo pero que muestran situaciones o estados de alma, ya semejantes, ya antagónicos, vividos por sus personajes. Esto da a la narración extraordinaria agilidad. El orden establecido es el estético, no el real. Es posible anotar, no obstante esta semejanza, que en Morosoli, la estructura del cuento deja la impresión de ser más premeditada, mientras que da Rosa—sobre todo en este segundo libro— parece que fuera agrupando en el cuento, en aparente desorden, o sin orden visible, todo lo que se sabe del personaje, como quien, en una conversación, se complace en ir transmitiendo de algunos recuerdos, anécdotas dichos. Incluso los elementos naturales del paisaje se incorporan a la narración de acuerdo con esta ley narrativa. No se montan grandes escenarios, ni se hacen como decorados, extensas descripciones. Con breves toques, con una pincelada, apenas dada en una frase gráfica y exacta, introduce en la narración el paisaje estableciendo la relación entre el personaje y su ambiente. Pero mediante este aparente desorden deja finalmente armado al personaje en su cabal estructura humana y estética. Esta forma de narrar explica por qué no existe en sus cuentos una "anécdota centralizadora" que se ordene según una estructura rigurosa.

Puede ser esto, desde el punto de vista de una estricta "retórica del cuento", una deficiencia. Este reproche se le ha hecho, con validez, a da Rosa. No obstante creo que en su manera de narrar es fiel a aquel respeto por la realidad que señalé como normativo de su labor literaria. Como la vida no tiene "argumento", no quiere inventárselo a sus personajes. Deja que ellos se viertan en el cuento con la misma espontaneidad con que viven y el arte de da Rosa consiste en seguir fielmente el hilo de sus vidas.

— IV —

Yo encuentro reconfortante es la actitud de da Rosa frente a la literatura. Complace que en esta época, haya sabido da Rosa conservar el gusto por una literatura sana; complace que en estos momentos en que la literatura bucea en el hombre desarraigado, da Rosa procure mostrarnos seres que se asientan profundamente en la vida y le hallan un sentido; complace, igualmente verlo resistir los halagos y la tentación del tema "intenso", cuya intensidad, a las veces, cuando no meramente verbal queda reducida a la intensidad de la crónica policial. No afirmo que esta actitud deba ser la única posible, ni niego que esas otras actitudes, en sus vertientes más auténticas, no hayan producido logros perdurables. Me limito solamente a constatar un hecho que estimo, dentro de la literatura nacional, saludable."

MANUEL DE CASTRO.

ARTURO SERGIO VISCA

HERNENDARIAS AL LLEGAR, AL RIO SANTA LUCIA

POEMA INEDITO

Holgáronse soldados y bridones,
del ámbito fluvial y la campiña,
que ofreciera refugio a las legiones.
¿Qué antigua majestad se desaliña,
olvidando armaduras y pendones?

Dióse alegre vivac. Y en montería,
prendió su airon de humo el campamento.
Y en aquella silvestre regalía,
dorando un costillar a fuego lento,
el ludrico ritual, perpetuaría.

Cuando el bizarro explorador detuvo
su agreste marcha sobre virgen río,
ensimismado, por el monte, anduvo.
Y a límites florales su albedrio,
un pensamiento, entre calandrias, tuvo!

Que vió fragatas de historial marino
enarbolando grímpolas reales;
airoso bergantín del mar latino,
aguardando su carga de cereales,
bajo un velado resplandor platino.

Entre sueños y en duro desvarío,
carabelas de mórbido velamen,
con insignias de invicto señorío,
brillando del vetusto maderamen
sobre las aguas de aquel blanco río!

Tierra de promisión, fácil llanura,
¿en qué naufragios de color se pierde,
su dimensión feraz y desmesura?
¿Qué toro negro sobre pampa verde,
a contraluz levanta su escultura?

(Turbó el silencio montaraz, de pronto,
oscuro mirlo con su canto blanco;

y el cardeno velamen del tramonto,
clavó la garza su más leve zanco).

En río como mar, desagua un río.
Inominado aún, resplandeciente.
Con su inédita luz y desavío,
espejo cenital, núbil corriente,
sustentando la gracia del navío.

Aquí levantará la ciudadela,
su vallador a toda extranjería
—de la Banda Oriental, prez y tutela—
Por defender tal fuere y a porfía,
en cada piedra su valor revela.

Para ayuntar con fervidos varones,
transportará cien mozas paraguayas,
del sanguíneo crisol, generaciones.
Como prebenda les dará vituallas,
bueyes y arados, limpios galardones!

Derramará sus dones la abundancia,
por zócalo de espigas, bajo el cielo;
y exultando su pródiga lactancia,
¿qué vacadas de sueño y terciopelo
prolongarán su égloga y vagancia?

Y rodearán la orilla poblaciones.
Por faenas de agreste campamento,
Proa hacia Europa y banderola al viento,
la corambre dará fuertes doblones,
repletarán bodegas los galones.

Develando aquel sueño percibía
el recio Capitán su vaticinio;
la fundación fluvial que presentía,
cuando del monte hacia el estuario vino
aligerado en luz de profecía!